



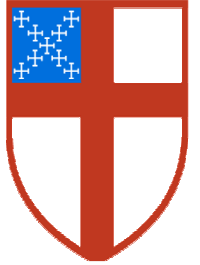
Iglesia Episcopal en Colombia, Comunión Anglicana

www.iglesiaepiscopal.org.co

Catedral de san Pablo, Bogotá, D.C. (iecsanpablo@gmail.com)

Domingo 25 de Febrero de 2007

Primer Domingo de Cuaresma



COLECTA

Omnipotente Dios, cuyo bendito Hijo fue llevado por el Espíritu para ser tentado por Satanás: Apresúrate a socorrer a los que somos atacados por múltiples tentaciones; y así como tú conoces las flaquezas de cada uno de nosotros, haz que cada uno te halle poderoso para salvar; por Jesucristo tu Hijo nuestro Señor, que vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, ahora y por siempre. Amén.

LECTURAS:

PRIMERA LECTURA DEUTERONOMIO 26:[1-4]5-11

SALMO 91:9-15

EPÍSTOLA ROMANOS 10:[5-8a]8b-13

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 4:1-13

COMENTARIO:

De acuerdo con la lectura del Libro del Deuteronomio, el marco de la presentación de los primeros frutos de la cosecha del grano es una ocasión para que el israelita creyente haga su profesión de fe en el único y verdadero Dios. Se subraya en primer lugar la **conciencia del origen humilde y mínimo de Israel como pueblo**; un arameo errante en quien Dios se fijó ha dado origen al pueblo; en segundo lugar, **el pueblo ha sido elegido no por su condición de poderoso y potente, sino por su condición de humillado y oprimido** por el poderoso de turno: Egipto; en tercer lugar, se subraya la **actitud misericordiosa de Dios que no se fija en los grandes y prepotentes, sino en el pequeño y en el humilde**; por tanto Israel no puede equipararse a un pueblo engreído y soberbio; su función es transparentar sólo el poder y la misericordia de Dios que actúa en el mundo valiéndose de lo pequeño y sencillo.

Esta perícopa, que forma de uno de los discursos de Moisés en los que aconseja al pueblo lo que ha de ser su vida “cuando entren en la tierra que el Señor les va a dar”, está hecho y pensado en realidad con base en los tristes sucesos que afligieron al pueblo cuando creyéndose demasiado grande y poderoso se apartó del querer divino. Cuando sus líderes empezaron a animar al pueblo para su restauración, intuyeron muy bien por dónde y cómo era que debían pensar su reconstrucción como pueblo y como nación.

Por su parte, el Evangelio nos presenta a Jesús en el desierto asediado por las tentaciones del enemigo. Jesús apenas ha recibido su bautismo de manos de Juan el Bautizador y de inmediato se adentró en el desierto, no con el fin de ser tentado, mas con el fin de proyectar su futuro con base en el paso que acababa de dar.

Es necesario que estemos **atentos a todos los elementos que rodean este pasaje: bautismo, desierto, tentaciones**. El bautismo señala el momento decisivo en el que conciente y libremente Jesús decide iniciar un determinado estilo de vida; sin embargo, decidir un determinado estilo de vida o un proyecto de vida no implica necesariamente que ya está todo claro sobre cómo realizar ese proyecto; todo lo contrario, es el momento más crítico puesto que inmediatamente saltan diversas alternativas que el creyente tiene que sopesar y sobre las cuales tiene que hacer un concienzudo discernimiento para ver cuál de todas se adecua más y mejor a su proyecto personal.

Ante esta realidad se encuentra Jesús, y el evangelista la describe muy acertadamente en forma de tentación y en perfecta conexión con la mentalidad bíblica: en un ambiente físico de desierto; sin embargo, nosotros no necesitamos quedarnos con el concepto material de desierto como lugar geográfico, ni con la cantidad de tiempo que Jesús estuvo allí como un verdadero dato cronológico; para nosotros, y con toda seguridad para la comunidad de Lucas, lo que cuenta es el **valor simbólico del desierto como lugar de la conciencia**, y el tiempo como el **período o proceso en el cual Jesús madura su vocación y su proyecto personal u opción de vida**.

No es fortuito que aparezcan aquí elementos tan comunes en el Antiguo Testamento y que forman parte del proceso histórico del pueblo o de algunos de sus personajes clave: el pueblo estuvo *cuarenta* años en el desierto (Jos 5,6); Moisés estuvo cuarenta días en la cima del monte Sinaí (Ex 24,18); Elías caminó durante cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte de Dios (1Re 19,8); Jesús en la tradición evangélica estuvo cuarenta días en el desierto (Mc 1,13), y lo común a estas “cuarentenas” es que después de ellas hay siempre algo nuevo y distinto: el pueblo comienza a ser en verdad pueblo una vez terminada su travesía por el desierto y ha ingresado a la tierra de la libertad; Moisés desciende del monte con una clara conciencia de su papel de líder, legislador y profeta para el pueblo; Elías hace toda una revisión y redimensionamiento de su vocación profética; Jesús, entra en la sinagoga y de una vez proclama su proyecto de vida basándose en Is 61,1 “El espíritu del Señor está sobre mí; él me ha *enviado para...*” (Lc 4,14-21)

De acuerdo con todo esto, las tentaciones de Jesús hay que verlas como un **símbolo de las alternativas que se presentan al momento de realizar su opción de vida**; no que Jesús haya sido tentado “simbólicamente” no, **Jesús es tentado realmente y no solo en esta oportunidad; a lo largo de su vida la tentación está ahí permanentemente**, ya por muchos de sus mismos discípulos, ya representada en sus oyentes. Como buen catequista Lucas va a poner desde el principio, como portada a la “historia” de Jesús que va a narrar a su comunidad esta **especie de síntesis de la lucha que Jesús tendrá que librar en el día a día de su tarea mesiánica, desde el momento mismo de su bautismo/elección de su opción de vida, hasta el momento mismo de la cruz, cuando es tentado a “probar” su mesianismo salvándose a sí mismo de la muerte en el madero**.

Es necesario tener en cuenta, para comprender un poco mejor el sentido de las tentaciones de Jesús, el fenómeno de las esperanzas mesiánicas en el judaísmo mucho antes de Jesús y en la época suya. La esperanza en un *mesiah*: ungido, enviado, salvador, se empezó a formar en la conciencia religiosa de Israel varios siglos antes de Jesús, y su origen está **en relación con los**

anhelos de un rey justo y al mismo tiempo tan fuerte y poderoso que defendiera al pueblo del poder enemigo, del poder opresor de los imperios que se iban sucediendo desde la aparición de Israel como nación.

Uno de esos reyes, fue David que liberó a Israel de la opresión de los filisteos, jebuseos y en fin de pueblos vecinos que oprimían a Israel; además David consolidó las fronteras de Israel. Con el correr del tiempo, y dados los fracasos políticos y los sufrimientos del pueblo, se añoró cada vez más esa figura de David que fue evolucionando en promesa por parte de Dios. Algunos profetas, Isaías, Jeremías... anuncian como promesa divina el envío de un rey salvador, un descendiente davídico que salvará al pueblo de su opresión. Después, **la promesa y la esperanza se empiezan a revestir con distintos matices: el envido/mesiah tendría estas o aquellas características: triunfante, llegada espectacular, militarista, guerrrerrista, nacionalista, vengador implacable, capaz de invertir el estado de cosas, a los opresores los convertiría en oprimidos y a éstos en verdugos de sus opresores, revanchismo...** En estos momentos **nadie piensa en el papel que cada un desempeñará en las tareas de la liberación**, esa será una tarea del Mesiah, del ungido, que cumplirá en un *santiamén*; nadie tendrá que preocuparse de nada, todo quedará restaurado, el rey en su cargo, los sacerdotes en el templo y el pueblo... ¡sirviendo a ambos!

De modo que mientras más difíciles eran las condiciones y las experiencias históricas por las que atravesaba Israel, **más fuerte se hacía la esperanza en un liberador y más detalles de espectacularidad se sumaban a su misión mesiánica.**

Pero conviene recordar que **muy tímidamente también se fue formando una especie de esperanza en un Mesías liberador, pero no por la fuerza ni por la violencia ni las armas, ni la espectacularidad, sino por el sufrimiento, por la entrega y donación de su vida**; su reinado no se asentaría en el poder de dominio, sino en la justicia y en la misericordia; es más o menos lo que da a entender las profecías de Isaías conocidas como los “cantos del siervo” (Is 42,1-7; 49,1-6; 50,4-9; 52,13—53,12).

Jesús, como buen judío, **conoce profundamente las esperanzas, los anhelos y las aspiraciones de su pueblo**; pero también conoce y es demasiado conciente de la realidad de su época, es sensible a la situación de opresión y dominio que vive su gente en dos sentidos: desde fuera, el imperio y la dominación romana, y por dentro los dirigentes religiosos y políticos que cada día imponen cargas cada vez más pesadas a sus propios compatriotas: hambre, ignorancia, manipulación religiosa y política, discriminación de género, política, religiosa y social, son el telón de fondo sobre el cual Jesús confronta su vida, su destino y su vocación a salvar al pueblo.

Una vez tomada la decisión de consagrar su vida y de gastar sus energías al servicio del Padre a través del servicio a su pueblo, Jesús se tiene que enfrentar con el **CÓMO realizar ese servicio**. He ahí el dilema o los dilemas que tiene que enfrentar **no en un momento puntual, en el desierto, como un obstáculo que hay que superar para ganar un concurso (un *reality*), sino como la lucha continua, la pelea permanente entre un mesianismo de momento o la paciente labor de ir sembrando cada día una y otra, y otra semilla aquí y allá de la única y nueva realidad que de veras puede salvar: el reinado de Dios, que está fuera de toda espectacularidad**, que no se realiza en una acción momentánea, que **exige como punto de partida el radical compromiso de las personas** toda vez que son ellos quienes lo construyen y lo impulsan; que **involucra todo el ser de la persona** y que necesariamente lo tiene que poner en contravía de cualquier otro proyecto con los riesgos que ello comporta y con la posibilidad de pagar hasta con el alto costo de la propia vida la implantación de ese reino, pero con la seguridad

y garantía de que una vida que se “pierde” por el reino, es en realidad una ganancia.

Esta propuesta y praxis al mismo tiempo de Jesús es la que tiene que asumir el verdadero seguidor. Atengámonos a que esa fue la intención de Lucas al poner a Jesús en esta situación apenas recibe el bautismo y a punto ya de iniciar su ministerio público. Ese es el camino del creyente, del discípulo de Jesús. No hay que actuar a la ligera. **Nuestro bautismo es punto de arranque de nuestro proyecto de vida**, y si nuestro proyecto de vida es seguir el camino de Jesús, es necesario mantener los ojos muy abiertos y la conciencia muy clara para ver en cada situación de nuestra vida qué es lo que nos saca del camino, que es lo que distrae ese auténtico seguimiento; discernir cada momento si en realidad estamos al servicio del proyecto del reino o al servicio de algún anti-reino muy bien disfrazado y muy bien fundamentado.

(Web recomendada al menos para el Evangelio:

<http://perso.wanadoo.es/laicos/eucaristia/20070225.htm>)